

estremeció, y sin saber por qué se mordió los labios, pero su segundo pensamiento fué buscar al desconocido y averiguar qué era lo que deseaba de Beatriz. Cambió luego de resolución; no, no quería buscar a aquel hombre, porque no tenía que averiguar nada nuevo después de lo que oyó, y todo nuevo informe no podía contribuir más que a aumentar su desesperación. No le quedaba nada en el mundo más que el trabajo; pues un trabajo sin descanso es el mayor consuelo que se puede dar a un hombre. Continuó andando sin dirección fija, dominado por un dolor tan profundo que casi le arrancaba lágrimas, y una rabia sombría producida por la imposibilidad de modificar en nada el estado de las cosas.

Y además de esto le costaba mucho trabajo hacer esfuerzos para derribar a su ídolo del pedestal en que lo colocó, pues no veía en Beatriz más que a la hermosa y altiva joven a la que amó, y conoció entre todas aquellas en las que la calumnia no podía hacer presa. Antes de que terminase aquel paseo dado a la ventura, habíanse cambiado sus sentimientos, y sólo le dominaban la piedad y la misericordia, habiéndose desvanecido toda su cólera. No pensaba más que en Beatriz y en su desgracia, no deseando más que una cosa, verla y decirla que andaba alguien por el mundo que la amaría como un hermano. La loca esperanza que concibiera de que en adelante consideraría su desaparición con tanta tranquilidad como sus parientes, parecióle de repente imposible. Resolvió ir en su busca con la mano tendida, diciéndola que conocía su secreto, aconsejándola y protegiéndola si era necesario contra toda nueva prueba en el porvenir.

En cuanto a él, conocía—o al menos creía conocer—todo lo que la vida le reservaba, y hacía tristes comparaciones con lo que ésta le ofrecía a su modo de ver pocos días antes.

Por lo que hace a quejarse de Beatriz, ¿por qué lo hubiera hecho? ¿Qué motivos había dado o en qué le ofendió?

XXVII

Una mano compasiva

Tomar una resolución, jurar que se encontrará a una joven que huyó sin dejar ninguna huella y conseguirlo son dos cosas muy distintas. El mundo es bastante grande, y los encuentros que facilita la casualidad no son tan frecuentes al crédulo lector.

Esta era al menos la opinión de dos hombres que por motivos muy distintos tenían iguales deseos de encontrar a la fugitiva. El primero era Mauricio Hervey, el segundo Frank Carruthers.

Mauricio Hervey hizo una segunda visita a Oakbury y pudo averiguar que Beatriz, acompañada de la niñera y Enrique, se había dirigido a Londres, por lo que se despidió de Blacktown y volvió a la capital. Cuanto más estudiaba la situación, más convenía en que se la habían jugado de puño y que mientras ignorase la residencia de Beatriz continuaba reducido a la impotencia. Es cierto que podía gozar del placer de la venganza, pero a un precio exorbitante. Podía dirigirse a sir Maingay y decirle era su yerno a los Talbert y contarles que se había casado con su sobrina cuando ésta era casi una colegiala, pero ¿qué adelantaría? Una vez quemada su pólvora quedaba su fusil sin carga. Este medio podría servirle para obligar a Beatriz a ir a su lado, mas no para pescar su dinero. Empleando este medio tendría que habérselas con hombres experimentados en vez de tratarse de una joven que le temía por miedo al escándalo. Sólo podía vender una mercancía, el silencio, y para comprarla sólo tenía un comprador, su esposa. Con ésta podía tratar ventajosamente, pero en cual-

quier otro mercado la mercancía perdía todo su valor.

¡Y pensar que en el testamento del anciano Talbert existía aquella maldita cláusula! Hervey podía declarar ante el universo entero que Beatriz era su esposa, pero con esa confesión reconocía que se había casado con él sin consentimiento de su familia y siendo aún menor de edad, en cuyo caso la familia Talbert podía disponer de su fortuna. En este caso, le concederían una pensión de doscientas libras esterlinas para que los dejase en paz. ¿Qué eran doscientas al lado de los millares que hubiera podido obtener si no se hubiese obeecado en humillar el orgullo de cierta y determinada persona? ¡Ah! ¿Por qué no aceptó el dinero y renunció a la venganza?

En resumen, que la huida de Beatriz, llevada a cabo por otras causas que el placer de aventajar a Hervey en astucia o destreza, era una jugada de maestro que le inutilizaba por completo y que le ataba de pies y manos, y se puso a pensar con rabia en que podría llegar un instante en que las circunstancias le obligasen a aceptar lo que le ofreciesen. Le constaba que el día en que Beatriz arrojándole todo se atreviese a revelar la verdad, confesando la locura de su primera juventud, aceptando la vergüenza o la ignominia, consecuencia de su revelación, todo su poder quedaba reducido a la nada. Esto hizo pensar a Hervey en la conveniencia de encontrar a Beatriz para reanudar negociaciones que tuviesen por término una paz productiva. La reflexión y el peligro de perderlo todo hicieron que desease mostrarse menos exigente, disponiéndose a aceptar mil quinientas libras o tal vez la mitad de las rentas de su esposa, y si ella lo deseaba consentía hasta una separación judicial. Es decir, que se callaría mientras le pagasen o al menos mientras le fuera provechoso callarse. Ocurriósele la idea de hacer circular el rumor de su muerte y dejarla que se volviese a casar antes de reaparecer; ¡qué nuevo poder conquistaría en ese caso! Mas para llegar a este caso le era preciso guardar silencio tal vez durante algunos años, y mientras tanto tendría que ganarse la vida de una manera o de otra. Lo que le contrariaba más era que, escarmentada por el resultado de la primera vez, no contraería quizás un nuevo matrimonio, pero lo que sobre todo se opondría a la ejecución de este proyecto sería el estado precario de su situación.

De Beatriz no esperaba Hervey ningún socorro espontáneo, ninguna compasión, que tampoco tuvo él con ella; puesto que acibaró su vida, despojando a su juventud de la felicidad a que tenía derecho. Traficó con la predisposición novelesca, que es general en casi todas las jóvenes, y más tarde, impulsado por la codicia, holló despiadadamente sus ilusiones juveniles. Cuando llegó el caso, la declaró descarada y brutalmente que sólo se había casado con ella por el dinero y porque con su fortuna esperaba escapar al castigo de su delito. Hervey tenía acerca de esto formado un juicio tan exacto que no trató de inspirarla lástima el día en que ambos midieron sus fuerzas en Blacktown. Aun cuando hubiese intentado hacerlo, la rigidez del rostro de su esposa, lo mismo que el desprecio que revelaban los modales de ésta, le bastó para comprender que no tenía que esperar de su parte ni perdón ni misericordia. Se trataba sencillamente de una lucha en la que iba a sucumbir el más débil. ¡La encontraría! ¡Era preciso! Y a medida que transcurría el tiempo, esta necesidad era más apremiante. Habíale sucedido lo que a los jugadores, que creyendo que cada hora era la de la suerte decisiva, gastó mucho y vivió con gran lujo. Su dinero quedó reducido a tan exiguas proporciones, que al cabo comprendió que en breve plazo le precisaba encontrar a Beatriz, ganarse la vida... o morir de hambre. La primera y la más deseable de estas perspectivas le parecía imposible. Fundábase para creer esto en que, tanto valiéndose de intermediarios como personalmente, hizo cuantas diligencias le fué posible sin llamar la atención, ni sospechas ni comentarios, para averiguar en casa de sir Maingay si sabían algo del paradero de Beatriz, y no tuvo ningún resultado. Hizo más que esto, volvió a Oakbury y vió a los Talbert, mas sin averiguar nada que pudiese ser útil. Como se ve, con la perspectiva número uno no se podía contar para nada. La perspectiva número tres era la más desagradable, pero al mismo tiempo la más sencilla; conveníale, por tanto, aceptar la número dos, aunque fuese solo provisionalmente.

Antes de que le encarcelasen, Mauricio Hervey trabajó algunas veces para los periódicos ilustrados, y creyendo que esta rama de su profesión era la más lucrativa, fuése a visitar a dos o tres personas a las que conociera anteriormente y que además conocían la causa de su prolongada

ausencia. Les dijo que se sentía animado por muy buenos deseos, y la necesidad de redimir el pasado con un trabajo honrado, por lo que les rogaba le tendiesen una mano caritativa. Por muy egoísta que pueda parecer el mundo, siempre se encuentran en él personas que están dispuestas a tender su mano a los hombres cuyo paso vacila. Hervey recibió dos o tres promesas muy eficaces de personas que se hallaban en situación de proporcionarle trabajo, aunque poco lucrativo, honrado.

En cuanto al segundo que buscaba sin encontrar, a Frank Carruthers, los meses se deslizaron de la manera más triste y pesada. No sabía a dónde ir ni a qué lado encaminarse para encontrar a la que buscaba. Hallábase, sin embargo, colocado en mejor posición que Hervey, puesto que tenía noticias de Beatriz. Esta escribía a sus tíos una vez por mes, pero sus cartas no contenían ninguna noticia ni siquiera indicio que pudiese servir para buscarla. En los sobres no se veía ninguna indicación, y sólo llevaban el sello de Londres, y en su contenido no aludía a ninguna población ni territorio.

Constaba que hacía vida muy tranquila y que se le parecía muy largo el tiempo que tardaba en volver a Oakbury y preguntábase si eso sería posible alguna vez. En todas sus cartas se lamentaba de la necesidad que la obligó a tomar aquella resolución; y manifestaba la convicción de que si sus tíos conociesen la verdadera causa de su viaje, la perdonarían, y que creía que no llegarían jamás a saberla. La única alusión que hacía al país en que a la sazón habitaba, era que allí hacía mucho frío y que pasaba el tiempo ocupándose en artes y aprendiendo a pintar.

Herberto, al que su primo le inspiraba gran compasión, tenía siempre cuidado de mandarle estas cartas que Frank leía y releía, empeñándose en encontrar entre líneas un indicio cualquiera, y cuando más las analizaba más iban en aumento sus dudas. Si era cierto lo que indicó la señora Rawlings, existía algo que Horacio y Herberto no podrían perdonar jamás, y no obstante, Beatriz hablaba del perdón como de una cosa probable y fácil. Y a Frank le chocó aún más otra cosa; la ignorancia que manifestaba acerca de las causas que la impelieron a huir. ¿Cuándo la volvería a encontrar y sabría la verdad entera? En vano buscó en aquellas cartas la mención de su nombre, un

mensaje para él, y esta omisión le apenó, no porque se creyese olvidado, sino porque le probaba que Beatriz seguía creyendo que entre ambos continuaba elevándose un obstáculo infranqueable, así que su lectura no le produjo ningún consuelo. Si Frank hubiese sido un perezoso, no soportara con resignación aquellos meses que se deslizaban entre angustias e inquietudes, pero trabajaba mucho y concluyó su segundo libro.

Podéis creerlo, querido lector, muchas veces, cuando la pena oprime el corazón es cuando se escriben mejores páginas. La insuficiencia de los jugos gástricos o la superabundancia de los ácidos líticos pueden molestar estando trabajando, pero el dolor no lo impide. El dolor de muelas puede cortar la respiración, y no sucede lo mismo si el dolor que se sufre es de esos que tienen su base en el alma. Así, pues, mientras Frank esperaba la aparición de su primer libro, que por unas u otras causas se había retrasado, no perdió el tiempo y se ocupó activamente en darle un sucesor. Respecto a esta primera novela, obra satírica y medio política, que entre paréntesis obtuvo un gran éxito, le pasó a Carruthers lo que suele sucederles a todos los que hacen sus primeras armas en la carrera de las letras; se mostró tan agitado como un marido joven cuya esposa adorada va a contribuir por vez primera a aumentar la población.

Un día se le ocurrió la idea de que aquella obra importante de por sí ganaría mucho adornándola con grabados. Dió cuenta de su idea al editor, que le dió la razón, añadiendo solamente que seis páginas de grabados costarían tal o cual cantidad, y que no se atrevería a hacer un gasto tan considerable, pero que todo podía arreglarse encargándose Frank de subvenir a ellos. Este, que tenía dinero disponible, aceptó la idea, declarando que estaba dispuesto a mandar ejecutar aquellos trabajos por su cuenta. Fuése en busca de uno de sus amigos, un tal señor Field, que le constaba se hallaba al corriente de esta clase de negocio, y le suplicó le indicase un artista competente y cuyas exigencias no fuesen demasiado grandes.

Frank tropezó casualmente con una de las personas a las cuales acudiera Mauricio Hervey en demanda de socorro, y se verá de qué modo el encuentro que más adelante se menciona, entre Carruthers y Mauricio Hervey, fué la

consecuencia de una porción de incidentes los más naturales del mundo, como suelen serlo cuando con esmero se buscan las causas, la mayor parte de los encuentros llamados casuales.—Precisamente hará unos tres o cuatro días que vino a verme un joven que en la actualidad no anda muy desahogado—le respondió el señor Field,—y creo que os servirá bien.—¿Podéis enviármelo?—No puedo recomendaroslo mucho, pero le tomáis a prueba.

—¿Queréis decirme su nombre?—preguntó Carruthers.

—Se llama Enrique Morris. Repito que no se halla en situación desahogada.

—Escribidle invitándole a que vaya a verme—dijo Carruthers, a quien no disgustaba ayudar a una persona necesitada.—¿Tiene talento?

—Estuvo tanto tiempo sin hacer nada, que no sé si habrá olvidado su profesión. Escuchad, amigo Carruthers, lo preferible es que le hagáis trabajar condicionalmente y confieso que si estuviese en vuestro caso no le adelantaría ningún dinero.—Enviádmelo y yo me entenderé con él.

En el momento en que Frank se disponía a abandonar a su amigo, éste le llamó.—Vale más que os hable con entera franqueza para que el día de mañana no tengáis nada que echarme en cara. Ese joven de que os hablo estuvo cinco años en presidio por falsificador, y su verdadero nombre no es el que antes dije, sino el de Mauricio Hervey. Es más, creo que está bajo la vigilancia de la policía, si bien es verdad que me prometió que en adelante marcharía por buen camino. Ahora que no ignoráis nada, obrad como mejor os parezca.

La consecuencia que tuvo esta conversación fué que resolvió ver a aquel hombre y tratarle como si no supiese nada, considerándose dichoso al tener ocasión de ayudar a uno a volver al buen camino. Carruthers, al que agradaba muy poco ocuparse de los detalles interiores de una casa, continuaba viviendo en el hotel, habiendo instalado su despacho en una callejuela tranquila y a poca distancia de donde vivía. En este último sitio pasaba la mayor parte de su tiempo escribiendo y corrigiendo esas cosas tan deliciosas como son las pruebas de un primer libro, o pensando tristemente en Beatriz o en él mismo. Este despacho hallábase situado en un primer piso, y a él se subía por una escalera muy pendiente y sin alfombrar. Una mañana

oyó ruido de pasos, y poco después detenerse éstos ante la puerta en que se veía inscrito su nombre. Llamaron y Frank respondió:—¡Entrad!

Con gran asombro por su parte vió comparecer al mismo individuo que había exigido le indicase dónde podía hallar a Beatriz, y que para pedirlo ultrajó la dignidad del anciano Whittaker.—¿Qué deseáis?—le preguntó Frank con acento brusco. Hervey le contestó que el señor Field le había escrito rogándole se presentase al señor Carruthers. Esta contestación sirvió para enterar a éste de que el hombre que con tanto afán buscaba a Beatriz era un falsificador y un licenciado de presidio.

Levantó la cabeza y examinó atenta y fríamente al recién llegado. Hasta aquel momento no le reconoció Hervey, que de pronto recordó la fisonomía de Frank y vió al mismo tiempo que éste también le reconocía. Cuanto se refería al objeto primordial de la entrevista se descartó a un lado para ocuparse únicamente de Beatriz.—¿Queréis darme las señas que pedí la primera vez que os encontré?—preguntó con mucha vivacidad Hervey.

—¡No!—respondió con tono seco Frank. No quería confesar que esto le era imposible y que no podía satisfacer a su interlocutor, no resolviéndose tampoco a decirle que el lugar en que residía Beatriz era secreto hasta para sus amigos. Se hallaba dispuesto además a no hacer ninguna pregunta al antiguo presidiario, pues creía que averiguar la verdad, valiéndose de semejante intermediario, hubiera sido degradante y ofendería a la mujer que tanto amaba. Pero a Mauricio le desagradó mucho tan rotunda negativa. Lo cierto era que el carácter de éste no mejoró con el tiempo, ni desde que salió de Portland, o por mejor decir, cada día disminuía su dominio sobre sí mismo, gracias al abuso del tabaco y los licores, habiéndose formado un carácter caprichoso y desigual. Carruthers en parte usaba unos modales especialmente irritantes con los que tenían la desgracia de malquistarse con él, y ya en otra ocasión lo experimentó Hervey a su costa más de lo que hubiera deseado. Nada demostró, sin embargo, la agitación que le dominaba, como no fuese su entretenimiento de tocar el tambor en la mesa con la punta de los dedos.—Insisto en saber el paradero de la señorita Clausón—dijo Hervey,—tengo que hablarla de un negocio importante.

Carruthers sonrió despreciativamente.—Los señores Talbert están encargados, a lo que creo, del cuidado de sus intereses, así que a ellos podéis dirigiros. También puedo indicaros el nombre del abogado de la señorita Clausón por si queréis verle.

—El negocio de que se trata es de una naturaleza privada. Si pido esas señas es porque tengo el derecho de hacerlo.

Carruthers se encogió de hombros, frunció el entrecejo a la manera de los Talbert y con una sonrisa desesperante respondió:—Parece, mi buen señor, que no queréis comprender que me niego rotundamente a satisfacer vuestra curiosidad; ¿sabéis que un caballero tiene la obligación de no entregar las señas de donde vive una señora al primer advenedizo que se presenta reclamándolas? Idos a casa de sir Maingay Clausón, y éste, que es la única persona a quien podéis dirigiros, os dirá lo que mejor le cuadre. En cuanto al derecho, es indudable que poseo uno y es el de pedirlo que me dejéis pronto, pues entiendo que os haréis cargo de que no podemos terminar el asunto para el cual os envié a llamar.

Hervey puso muy mala cara. Y salió de la habitación, después de vacilar un momento. Obró acertadamente, porque iba a decir más de lo conveniente, y una revelación prematura, cualquiera que ésta fuese, habría arruinado para siempre sus esperanzas. Bien por falta de cortesía o bien por descuido nacido de la agitación del disgusto, dejó Mauricio la puerta entreabierta. Carruthers se levantó y atravesó la habitación para cerrarla. En el mismo instante la puerta se abrió de nuevo y los dos se encontraron cara a cara en el dintel.—¿Si escribís a la señorita Clausón, tenéis algún inconveniente en mandarla un recado de mi parte?—preguntó Mauricio, con forzada cortesía.—Eso depende de la naturaleza del mensaje—respondió Frank.—¿Queréis decirla que vine a veros y que no ha sido fácil arreglar el asunto que aquí me trajo? En eso no hay ningún inconveniente.—Me parece que no hay. Se lo diré cuando la escriba.

—Lo mejor que podéis hacer es emplear mi verdadero nombre. No es Enrique Morris, sino...—Conozco vuestro verdadero nombre—respondió Frank con aire de perfecta indiferencia. Esto encolerizó a Hervey.—Deseo saber quién

sois vos ya que la escribís—exclamó.—¿Seréis tal vez dos enamorados que esperáis el momento de una venturosa unión?

¡Irreflexiva observación por parte de aquel miserable! Y, sin embargo, no pudo contenerse al hacerla, ni menos dejar de mirar a Frank para ver el efecto que le produjo. Por muy violento que fuese el esfuerzo que para ello hizo, el rostro de éste no cambió lo más mínimo.—¡Quién sabe!—contestó con la misma indiferencia.—¡Pero no sé hasta qué punto puede interesaros eso a vos!—El énfasis con que Frank subrayó el *vos*, produjo en Hervey el efecto de un latigazo.—¡Quién sabe!—repitió con acento burlón.—¡Ah! ¡Ah! ¿Me tomáis por un idiota? ¿Creéis que me imponéis con esa estudiada reserva? ¿Acaso no comprendo que os morís de ganas de saber quién soy?

—Sé lo bastante—contestó Frank con tono agresivo,—y si deseo más, no tengo que hacer otra cosa que dirigirme a las oficinas de Scotland Yard o a cualquier otro sitio en que esté instalado un despacho parecido a ese, para que me den informes.

Esta alusión era muy irritante y más de lo que podía soportar un pacífico licenciado de presidio, en el que la paciencia no figuraba como virtud dominante. Esto hizo que Hervey se pusiese fuera de sí, y con las injurias que suelen siempre acompañar a los actos de esa naturaleza, levantó el brazo y golpeó a su interlocutor. Carruthers tenía a primera vista la apariencia de uno de esos hombres que no están dotados de una fuerza física muy grande. Aunque era pequeño, poseía en cambio un temperamento excesivamente nervioso y todo su peso en huesos y músculos, y todos saben—y más de uno reputado como atleta lo aprendió a su costa—que los hombres nerviosos no son adversarios despreciables. No se parecía en nada a uno de esos magníficos mocetones generalmente alistados en los guardias, que cualquiera diría, con la imaginación al menos, nacieron para pulverizar lingotes de plata, o lanzar con una sola mano pesos de algunos cientos de kilos por cima de una pared o de una verja, pero a pesar de eso no carecía de energía y fuerza.

Después de parar el golpe de Hervey, extendió sencillamente el brazo hacia adelante de la mejor manera posible

con gran agilidad, y poniendo en el brazo toda la fuerza de su cuerpo, tomó una buena revancha. Cambiáronse solos dos golpes y he aquí el por qué. Cuando Hervey recibió el impulso, se hallaba en pie en el descansillo de la escalera, vaciló y cayó rodando por ellas, debiendo probablemente haberse roto la cabeza. Levantóse, no obstante, lanzó un quejido de dolor, enseñó el puño a su vencedor, renegó y juró, y acabó por marcharse. Carruthers se volvió a sus papeles, pero las reflexiones que se le ocurrieron a consecuencia de este incidente no le permitieron entregarse a ninguna clase de trabajo literario. A los dos días fué a visitar su amigo Field.—¡Me parece muy bien lo que hicisteis, amigo Carruthers!—le dijo.—Os envío un pobre mozo para que le deis trabajo, y ¡Dios me perdone! le recibís a golpes. ¡Os vengáis de ese modo, y en lugar de ayudarle a subir le empujáis para que caiga más pronto!

—¿Ha ido a veros?—Sí, vino hoy todo lleno de trapos y vendas. Dice que le insultasteis y le arrojasteis por la escalera abajo. No podía creerle porque me pareció imposible que pudieseis obrar de ese modo.—Tengo en mi apoyo las mejores razones.

—Eso mismo le dije, pero no quiso creerme, le habéis roto una pierna.—Sí, vi que ese miserable se alejaba cojeando—respondió Frank.—Y que tiene además un brazo roto. Jura que se va a querellar ante los tribunales y que obtendrá una indemnización, etc., etc.

—No oseo que lo haga—contestó Frank con acento significativo.—Puede que no, si vuestras razones son buenas; mas oídme un momento, amigo mío. No tiene dinero, y durante algún tiempo no puede trabajar; ¿no creéis que debíais hacer algo en obsequio suyo?

—No, no debo hacerlo, pero lo haré. Deseo no volverle a ver, pero podéis pagar en mi nombre la cuenta del médico y darle una libra o dos hasta que se cure.—Field se echó a reír.—¿Sabéis que es una diversión cara el romper los huesos a un prójimo?

—Si supieseis lo que sé yo, amigo Field, quizás os pareciese aún barato—dijo Frank, y de este modo, por un extraño capricho de la suerte, Mauricio Hervey se curó y cuidó a sus expensas.

XXVIII

¡No puedo soportar esta vida!

Beatriz se hallaba en Munich, esa capital que por su extensión puede ser la reina de las capitales de Europa; en Munich, la de las espaciosas calles, hermosas estatuas, palacios suntuosos, antiguos o modernos, bibliotecas, museos, exposiciones de objetos de arte. Hacía algún tiempo se hallaba en Munich, ciudad que se eleva orgullosamente en medio de una llanura desnuda en la actitud de una ciudad que no tiene nada que ocultar como no sea las excentricidades de esa fantasía que sobre ella reina. No supo nunca la razón que la impulsó a escogerla para su refugio. La carta que dirigió a sus tíos decía la verdad al afirmar que no tenía aún decidido a dónde tenía que ir, habiendo podido hacerlo lo mismo a Berlín que a Viena o a Munich. Escogió a Alemania por distintas razones, siendo una de ellas esa creencia justa o injusta, muy generalizada entre ingleses, de que una mujer bonita y sin protección está menos expuesta a quebraderos de cabeza en Alemania que en una población francesa. Además, creyó que sabía mejor el alemán que el francés y la severidad científica de la gran lengua teutona la agradó siempre, habiéndola estudiado bastante y leyendo en su forma clásica con gran facilidad, se creyó capaz de hablarla lo bastante para sostener la conversación. A pesar de esto, y por otras circunstancias, escogió a Alemania.

A consecuencia de haber salido de Blacktown sin equi-

paje, se vieron obligados a detenerse en Londres para proveerse de todo. Emplearon una actividad tan grande, que aquella misma noche pudieron tomar asiento en el tren de la marea de Douvres, y a la madrugada atravesar el estrecho. Cuando esto sucedió figuróse Beatriz que respiraba con más libertad, porque en Londres la atormentó el pensamiento de que la peseguiría Hervey y descubriría su paradero.

Es necesario convencerse de que no huía de la ignominia de la revelación de su casamiento, por más que hubiese pagado, como ofreció, una cantidad de consideración para que su esposo guardase el secreto. Habríase considerado dichosa pudiendo cerrar un trato que evitase a su orgullo la vergüenza de ser reconocida como esposa de un falsificador, pero ante todo deseaba evitar a su padre y a sus tíos el disgusto que semejante revelación les produciría. Pero aun más que en esto fundábase su huída en otros motivos; lo que más la movió a llevarla a cabo fué salvar al niño de un hombre como Hervey, y evitar se apoderase de él. Creyó éste que podía reclamar al niño y la constaba que era lo suficientemente malvado para apoderarse de él por la fuerza o por la astucia si se le presentaba ocasión, no ocultándosela que tan luego como cayese en su poder quedaba ella a merced de Hervey.

Una vez en el continente prosiguieron su viaje haciendo jornadas cortas, y de este modo llegaron a Munich, ciudad escogida por Beatriz como seguro asilo. Alquiló un piso amueblado, tomó una criada bávara, alegre y lista, y empezó aquella vida tranquila y reposada de que hablara en sus cartas. Estas se enviaban bajo doble sobre a una amiga de Sarah que las echaba al correo en Londres. Como el papel inglés y todo lo inglés se encuentra en todas partes, las cartas no contenían ningún indicio que pudiese revelar el retiro elegido por la que las escribía. No obstante, Beatriz no las veía marchar sin terror, temiendo que cualquier imprudencia vendiese su secreto, pero se figuraba que le era imposible privar de sus noticias a sus tíos. En cambio no escribió a su padre comprendiendo que le interesaba poco saber noticias suyas, y teniendo la seguridad de que toda carta debería caer bajo los malévolos comentarios de lady Clausón. Tenía gran confianza en Horacio y Herberto, y le constaba que no dejarían de po-

ner en conocimiento de sir Maingay algunos detalles de lo que les escribía.

Beatriz no hizo ninguna nueva amistad, lo que no debe extrañar, porque existen personas a las que la casualidad no proporciona nunca estas ocasiones. Del mismo modo que hay hombres a los que nunca se les acerca nadie pidiendo fuego para el cigarro, existen también mujeres a las cuales las otras no se atreven a pedir amistad. Con sus modales reservados, aunque corteses, sus rasgos de una hermosura angelical, su actitud orgullosa a la par que distinguida, hacía comprender que era de esas personas a las que nadie podía aproximarse sin el pasaporte de la presentación. Como resultado de esto tuvo que limitarse a la sociedad de su hijo y a la de su *Æl* Sarah. Pero por tierno que sea el cariño de una madre hacia su hijo no se la puede echar en cara si la parece que su compañía constante no la proporciona toda la felicidad y por muy adicta que sea una criada, su ama puede, sin que esto parezca extraño, desear algo más elevado en punto a amistad. La vida de Beatriz íbase haciendo por momentos más triste, hasta el extremo de que cuando la comparaba evocando su recuerdo con la que antes llevara, creía que ésta era un torbellino de variados placeres.

Es cierto que tenía los libros y la música, pero no una persona con quien discutir sus lecturas ni nadie que escuchase sus melodías. Uno de esos numerosos artistas que van a Munich atraídos por sus museos, la daba lecciones de pintura. Pero este era un medio como otro cualquiera de pasar el tiempo, una ocupación por completo desprovista de miras ambiciosas. ¿Sus pensamientos? Procuraba olvidar todo lo posible, porque de lo pasado no conservaba ningún recuerdo agradable, y en lo porvenir no tenía proyecto que formar. Con mucha frecuencia recordaba la afirmación de Carruthers, de que, no obstante las apariencias, debía haberse creado un ideal de felicidad, dejándose arrastrar por las ilusiones, y suspiraba con profunda pena, diciéndose que la vida la reservaba muy pocas o ninguna alegría perdiendo todos los días las esperanzas. Un día hallábase sentada en la habitación que solía llamar su gabinete de trabajo, sola y absorta en sus reflexiones. Acababa de escribir una de sus cartas periódicas a sus tíos y ésta se hallaba aún sobre la mesa, con el sobre puesto, pero sin

cerrar, y Beatriz luchaba contra la tentación de escribir unas cuantas palabras a Frank, porque la apenaba que lá juzgase fría y sin corazón. ¿Añadiría una línea a su carta? ¿Le escribiría a él mismo? Pero, ¿qué podía decirle? ¡Nada, absolutamente nada! Además de que si no había averiguado aún la verdad, una carta, aunque fuese la más frívola del mundo, sólo contribuiría a despertar en Frank esperanzas irrealizables. ¡Pobre Frank! ¡Por qué la amaba! ¡Por qué correspondía a su pasión! Beatriz se consideró dichosa sabiendo que la amaban, amándole y sabiendo que podía creer en él. Por muy desgraciado e irrealizable que fuese aquel amor, se complacía en haber entregado su corazón a un hombre como Frank; pero no le enviaría carta ni mensaje alguno.—Es una parte del castigo de mi locura...—murmuró.

Entró Sarah y vió su emoción.—¿Qué es eso, señora, un nuevo disgusto?—No, el antiguo basta.—Sarah la contempló con tierna solicitud.—¿Pensáis en el que os ama?—la preguntó con dulzura.—Sí—contestó Beatriz calmándose.—Sí, pienso que tal vez hollé sus esperanzas, como agotadas están las mías.

—No, todo eso se arreglará, seréis dichosa lo mismo que él.—Beatriz sonrió incrédulamente.—Y será así porque está escrito—continuó diciendo Sarah con acento solemne.—Nada puede cambiarlo y nadie es capaz de detener el brazo de Dios, cuyos designios...—Beatriz la interrumpió con alguna severidad, porque desde la escena de fanatismo en el tren, cuidó mucho de reprimir todos aquellos síntomas.—Mi carta está concluída—dijo;—metedla en un sobre y mandadla a vuestra amiga. Ahí tenéis sobres.—Sarah contempló a su señora, que se sumiera en una profunda meditación. Antes de salir de la habitación cogió dos sobres y un plieguecillo de papel. Volvió a su cuarto y escribió apresuradamente algunas palabras en el papel, le colocó en el sobre, puso las señas y colocó la carta junto a la de Beatriz en el paquete que enviaba a Londres.

Beatriz reanudó el hilo de sus pensamientos, y el haber escrito a su familia la sumió en amarga tristeza. Había llegado el mes de Mayo y hacía cerca de cinco meses que arrastraba aquella vida desolada, dejando a todos en la ignorancia de lo que fué de ella. ¿Cuánto tiempo duraría esto? Podía marcharse de Munich si lo tenía por conve-

niente, pero otra población le parecía tan triste como esta. ¿Qué importa el lugar en que se vive cuando los pesares abruman el alma? Recuérdense si no los días de felicidad que se pasaron y se reconocerá que el sitio no contribuyó a hacerlos dichosos. Beatriz que contaba cerca de veintitrés años, tenía derecho a pedir a la vida algunos días de felicidad. En aquel instante empezó a hacerse preguntas que se formulaban vagas en su espíritu. ¿Tenía fundados motivos para obrar como lo hiciera? ¿Habría destrozado para siempre su vida con un acto semejante y tan precipitado? ¿Si tenía valor para coger las ortigas a manos llenas, la herida que la produjesen no sería tan fatal o cruel que no pudiese soportarla?

Era, cual nos sucede a todos, una verdadera mezcla de contradicciones; a la vez razonable e imprudente, temeraria y asustadiza, orgullosa o tímida, según lo exigían las circunstancias, y empezaba a odiar lo que se hacía ocultamente. ¿No tenía valor para adelantarse y hacer frente al peligro? ¿Cuál sería? El peor era perder a su hijo.—¿Y si escribiese a Horacio y Herberto—se preguntó,—rogándoles que la perdonasen la inocente estratagema que se vió obligada a emplear y que viesen a aquel hombre y tratasen con él? ¿No podría, una vez conseguida su seguridad, burlarse de todo y del desprecio del mundo? Preguntóse luego si Hervey habría hablado y revelado todo; si su padre, si lady Clausón—Beatriz se estremeció a esta idea,—y sus tíos sabrían que era la mujer de aquel miserable. Por muy resuelta que estuviese poco antes a revelarlo todo, la idea de que estaban en posesión de su secreto y que la revelación se debía a Hervey era insoportable para Beatriz.

Dominada por este pensamiento quiso saber a todo trance la verdad. ¡Oh! ¡Cuánto hubiera dado por volver a la pacífica vida de Hazlewood! Las manías inofensivas de Herberto y Horacio sólo aparecían como formando parte de aquella querida residencia. Recordaba al anciano Whitaker y a los demás criados, y sin pensar, al pobre Mordle, que tanto la amaba. Ya en la pendiente de los recuerdos acudió a su memoria el del joven Purton con su sinceridad. Después de todo esto pensó naturalmente en Carruthers, en éste más que en ninguno. Y Frank, ¿lo sabría? En ese caso, ¿qué pensaba de ella? O bien cuando lo supiese, ¿qué pensaría? ¿Maldeciría hasta su recuerdo? Mas ¡ay!

en cuanto se refería a su amor no podía conservar ninguna esperanza. Al ocurrírsele esta idea, la abandonó su valor, y lo mismo que el día en que rechazara el amor de Frank empezó a llorar amargamente. Apoyó la cabeza en la mesa y dió rienda suelta a su dolor, pero de una manera violenta. Al volver del correo hallóla Sarah en esta postura, y arrodillándose a sus pies lloró con ella y quiso consolarla y tranquilizarla.—¡No puedo soportar esta vida!

—murmuró Beatriz entre sollozos.—¡No quiero vivir así! —¡Pobre señorita! ¡Hija mía!—dijo la criada con el rostro transfigurado por la emoción y acariciándola cual hubiera podido hacerlo una madre.—No puedo soportarla—repitió Beatriz,—y voy a escribirle contándoselo todo y diciéndole cómo me engañaron miserablemente. ¡No!—añadió poniéndose en pie con violencia.—¡No puedo, no tengo valor! Debe haber otros medios. Ese hombre es codicioso... le daré cuanto me pida si quiere dejarme en paz...

—¿Queréis que vaya a Inglaterra y que le hable?—preguntó Sarah.—¡Vos!—respondió Beatriz estremeciéndose.—Sí, yo. Dejadme marchar. Es un hombre mal intencionado, pero no me hará daño. ¡Dejadme marchar, mi querida señora! Me enteraré de lo que pide; le arrancaré una promesa y os escribiré. Dejadme que haga eso por vos. Es el cariño el que me guía, escuchadme y seguid mi consejo... —¿Cómo haréis para encontrarle?—Con seguridad que está en Londres, y si no ya encontraré quien me diga dónde está. Decidme que puedo marchar mañana... hoy mismo si no.—Beatriz reflexionó y la pareció que el proyecto no era irrealizable, y menos irrazonable. Sarah no era tonta y podía hacer el viaje a Londres y averiguar dónde se hallaba el individuo en cuestión y hablar con él. ¿Por qué no dejarla que obrase así? Sarah se hallaba, como vulgarmente se dice, en brasas esperando la contestación.—Decidme que puedo marcharme—murmuró con ansia.

—Lo pensaré y os responderé en seguida. Enviadme a mi hijo, quiero meditar el proyecto teniéndole en mis brazos.—Y el «corderillo sin lana», como le llamaban desde la escena del tren, corrió al lado de su madre y ésta empleó el resto del día en comentar el proyecto de Sarah. Cuanto más pensaba en ello más dispuesta se hallaba a consentir su ejecución. Por la noche dijo a Sarah que podía prepararse para el viaje, y la dió instrucciones respecto a la ma-

nera como debía obrar. Era preciso encontrar a Hervey y conocer sus exigencias mostrando firmeza y haciéndole comprender que quedaba obligado a firmar un contrato de separación en el que renunciaría a todos sus derechos sobre el niño. Sarah hizo un gesto huraño, pues no contaba apelar a los ruegos.

—Lleaos bastante dinero—añadió Beatriz;—dádselo si reclama, y hacedle comprender que no huí para salvar mi fortuna, y que tendrá cuanto pida.—Así quedó convenido el viaje. Sarah pasó gran parte de la noche rezando y de rodillas. Hallábase sola.—Enrique dormía en el cuarto de su madre,—y pudo dirigir al cielo sus extrañas súplicas sin que nadie la interrumpiese. ¿Por qué oraba con tanto fervor? Vale más tal vez que no lo preguntemos y que nos contentemos con la seguridad que rogaba a Dios por la felicidad de Beatriz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIX

La Madonna di Tempi

Los Talbert enviaron, siguiendo en esto su costumbre, la carta de Beatriz a Frank, y además, Herberto, la nota siguiente: «Conforme veréis, esta carta es tan poco satisfactoria como las demás. Como ocurre en todas las anteriores, no hallaréis ningún indicio del lugar en que reside, ni noticia acerca de la causa de su viaje. Estamos, no obstante, seguros de que goza de buena salud, y a pesar de esto, tan prolongada e inexplicable ausencia nos causa pena. Creed, amigo Frank, que se necesita una gran tensión de espíritu y vivir alerta para responder, sin contradecirnos el uno al otro, a las preguntas que nos hacen.»

Frank abrió primero el sobre que tenía la letra de Herberto y naturalmente leyó primero la carta de Beatriz. En vano buscó en ésta su nombre, no imaginando siquiera cuánto tiempo pasó su autora antes de decidirse a cerrarla sin enviarle una frase de consuelo o de esperanza. A continuación se enteró de la de Herberto, y sonrió tristemente acordándose del cuadro que debían ofrecer los Talbert dando cuenta del hecho. Dejose arrastrar por sus ilusiones y recuerdos teniendo en la mano la carta de Beatriz. Los dedos de ésta habían tocado aquel papel, que acercó a sus labios besándolo con fervor y sintió que de él se exhalaba un ligero perfume que le recordó el favorito de Beatriz. Los síntomas que presentaba Carruthers probaban que adolecía de una grave enfermedad. Pronto dejó a un lado sus

pensamientos y buscó en el resto de su correo lo que el destino le llevaba, porque hoy día el destino arroja en las administraciones de correos la mayor parte de sus flechas. Entre otras cartas encontró una cuyo sobre parecía escrito por una mujer y que llevaba los sellos de Oxford, desde donde la habían reexpedido a Londres. Abrióla con indiferencia y encontró un pedazo de papel en el que se leía: «Acordaos de vuestra promesa. ¡Esperad!»

La arrojó sobre la mesa con amarga sonrisa, a pesar de que sabía de dónde procedía la carta. ¡Esperar! ¿Qué era lo que podía esperar? La lectura de aquellas palabras le recordó la extraña visita nocturna y el discurso ardiente, apasionado, de aquella mujer que le suplicó aguardase «cinco, diez, veinte años a la que amaba». ¿Por qué le escribía entonces repitiéndole la misma súplica? Sarah lo sabía todo, puesto que acompañó a Beatriz.

No pudo desechar de su memoria el recuerdo de esa extraña mujer que creía de una manera tan terrible, y no obstante con una fe tan profunda, en la vida futura que la estaba reservada, cuya seriedad y convicción le impresionaron mucho más de lo que quería confesar.

Carruthers se dijo que la esperanza que en él despertaron las palabras de Sarah procedía de su creencia de que era la confidente de Beatriz, y en esto no se hallaba en lo cierto. Sólo se trataba de la afirmación extraña, pero atrevida, pronunciada con la inspiración de antigua profetisa, suponiendo que a Beatriz y a él les esperaba la felicidad en el mundo; pero esto fué lo, que le ayudó a soportar la vida. Si es cierto que la fe quebranta las montañas, ¿por qué no ha de inflamar a un corazón ya dispuesto a dejarse arrastrar en determinada dirección? Y he aquí que cuando menos lo esperaba, Sarah le advirtió que las cosas no habían empeorado durante los últimos meses. Recogió el papel que estrujara y arrojara lejos de sí, y desdoblándolo y estirándolo lo leyó con mucha atención, y al hacerlo, observó que la frase estaba escrita en un papel parecido al de que se servía Beatriz, y volviéndolo vió que en el revés habían estritas algunas palabras con lápiz. Este había marcado tan poco en el papel, que tuvo que acercarse a la luz para poder descifrar lo que decía, y que era *Madonna di Tempi*, y por lo que pudo juzgar, de letra de Beatriz. ¿Qué significaban estas palabras y de qué modo podían ayu-

darle a encontrarla? Pensó que la *Madonna di Tempi* debía ser el nombre de un cuadro, pero ¿cuál? Dado que fuese esto cierto, ¿en dónde encontrarlo?

Aunque obtuviese noticias acerca de estos detalles, no se seguía de aquí, fuese o no el cuadro célebre, que en sus inmediaciones iba a encontrar a Beatriz; con todo, aunque el indicio era de poca importancia, no debía pasar inadvertido. Habríase agarrado cual un náufrago a un asidero aun más débil, con tal que le ofreciera la esperanza de hallar a Beatriz. En su vista decidió recoger todos los datos necesarios acerca de un cuadro titulado la *Madonna di Tempi*, en lo que a decir verdad no fundaba grandes esperanzas.

Tenía un amigo, un tal señor Burnett, una autoridad en materia de arte. Una autoridad artística, y esto es una verdad incontestable, existe siempre en el mundo sin que se haya descubierto aún el método para su fabricación. Se sabe que existe y esto es todo.

Frank encontró a Burnett en su casa, y preparándose sin duda a escribir la crítica sobre la exposición recientemente inaugurada. Burnett era hombre que pasaba de los seis pies, y a causa de su corpulencia llenaba casi el sillón en que se sentaba. Su rostro redondo estaba afeitado, y su cráneo anunciaba calvicie prematura. La mirada que os dirigía con sus ojillos azules indicaba que era burlón y malicioso. Considerado en su aspecto general, era el último hombre a quien, a juzgar por sus escritos y su reputación, le hubieseis supuesto ser el señor Burnett. Y un artista despechado que haciendo alusión a sus escritos y opiniones hablaba de él como del apóstol flaco «de la estética» no había tenido gusto en conocerle.—¡Hola, amigo Carruthers!—dijo Burnett con voz agradable;—¿qué es de vos? ¡Hace un siglo que no os veo! Sentaos, ¿queréis un cigarro?—Y le alargó una petaca con cigarros, mejor dicho, con cigarrillos, lo que se va generalizando en las transacciones sociales de la vida moderna, ocupando el lugar de la tradicional tabaquera a que tanta afición tenían nuestros antepasados.—Sé que vais a publicar un libro, me lo dijo vuestro editor, que cuenta con obtener un éxito extraordinario; no creo que sea prudente trabajar sobre eso. ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí!, mi querido Carruthers—Frank se disponía a hablar;—como es natural, estoy dispuesto a hacer todo lo que

pueda por vos, por más que tengo miedo que no sea gran cosa. Soy de opinión de dejar que las cosas tomen vuelo por sí mismas, pero si...—Carruthers hizo un esfuerzo y trató de arriesgar unas cuantas palabras.—¡Que yo sepa—dijo,—aun no os he pedido nada!

—Pero vais a hacerlo. Cuando le visitan a uno después de pasar mucho tiempo sin acordarse de él, es porque se desea alguna cosa. No hago ni más ni menos que salir al encuentro; hay que consentir siempre, pues lo más delicado es consentir desde luego.—En todo caso no venía a hablaros de mi libro.—Imposible, mi querido Carruthers; ¡un primer libro!

—¡Que el demonio cargue con vos!—exclamó Carruthers.—¿Queréis escucharme, sí o no? Vine a pedirlos...—Ya sabía que pediríais algo, y mi único sentimiento es el no saber el qué.—Sois muy inteligente en pintura, ¿no es verdad?—preguntó Carruthers, sin hacer caso de la interrupción. Burnett hizo dar vuelta al sillón y dirigió a su interlocutor una mirada centelleante.—¡Ah! parece que queréis cogerme en ese terreno. Esa es una pregunta que me hago noche y día; ¿es que soy inteligente en esa rama del arte? Confieso que me consideraría dichoso si pudiese responderla. Sabed, que mi temor más grande consiste en elevar un cuadro hasta las nubes, y apercibirme en seguida, pero tarde para mí, que es una malísima copia. Ahora, ¿queréis decirme qué cuadro deseáis comprar?

—No tengo intención de comprar ningún cuadro, amigo Burnett.—Confío, Carruthers, en que no os disgusté ajando la flor de vuestro amor al arte.

—No, Burnett, lo único que pido es que me escuchéis un momento...—¡Escucharos!—interrumpió Burnett con burlón reproche.—¡Qué! ¿No os escuché? ¿No os aconsejé lo mejor que pude? ¡Pues bien, continuad!—¿Conocéis un cuadro que se titula la *Madonna di Tempi*?—preguntó precipitadamente Carruthers considerándose muy dichoso al poder preguntar.—¿Un cuadro titulado la *Madonna di Tempi*?—repitió Burnett.—El campo es vasto, ¿no podéis decirme el nombre del autor para ayudar mi memoria?

—Si supiese el nombre del autor no vendría a molestaros, buscando directamente mis informes en el diccionario de Pilkington, o en un catálogo cualquiera. Sin duda. Todo el mundo puede informarse, una vez que sabe a

dónde puede dirigirse. En ese estante encontraréis catálogos de todos los museos y galerías de pintura de Europa. Cogedlos y consultadlos. ¡Trabajo tendréis para una semana!—No tengo tiempo para perderlo de ese modo—contestó Frank.—Si no podéis decírmelo, iré a buscar a otra persona, y si vine fué porque creí que teníais noticias de todos los cuadros de Europa.

En los ojos de Burnett brilló un relámpago, y apoyando la mano en el brazo de Frank, dijo:—Creedme, querido, no confeséis a nadie vuestra ignorancia en materias de arte.

—Decidme donde está ese cuadro—repitió Frank y Burnett extendió el brazo y alcanzó un libro del estante. Lo hojeó y leyó lo siguiente: «A la par que por el tono y »la ejecución, esa hermosa obra de arte se parece mucho »a la célebre *Madonna* de la casa de Orleáns. Su colorido »es delicado, con una pintura llena de puntos luminosos, siendo imposible concebir nada más bien acabado, »unido a uno de los modelos más perfectos, en el que se »hallan gran pureza de color con increíble riqueza de tonos. Lo característico es sobre todo lo redondeado de las »formas, la difícil naturalidad de las carnes, bañadas en »una especie de vapor.»

Frank se apresuró a ponerse al unísono.—Debe ser ese —respondió con mucha gravedad.—Lo «redondeado de las formas», «la difícil naturalidad de las carnes», «bañadas en una especie de vapor». Es imposible que haya dos como ese. Pero tranquilizadme respecto a un punto.

—Sí, sí, aquí lo dice, ese cuadro se llama la *Madonna di Tempi*, de Rafael, ¿conocéis ese nombre, Carruthers?—Sí, ¿en dónde está?—preguntó Frank con viveza.—En la antigua Pinacoteca.—¿En la... qué?—Qué ignorante sois. Creí que en Oxford os habían enseñado el griego. Pinacoteca se deriva del griego y quiere decir...—¡Ya lo sé! Pero, ¿dónde está eso?—Querido, me habéis preguntado *el qué* y no *dónde*, y respondía a vuestra pregunta.

—¡Bueno! ¿En dónde está?—¡Qué ignorancia! Es deplorable. La antigua Pinacoteca está en Munich, que es, y creo que no lo ignoraréis, la capital de...

Frank dió un salto; acababa de encontrar lo que tanto le atormentara.—¡Gracias!—exclamó.—Os quedo muy obligado, porque me hicisteis un gran favor.

—No os marchéis, Carruthers, hablaremos. Decidme algo

acerca de vuestro libro que os estáis muriendo de ganas de verlo publicado.

—Nada de eso, es preciso que me marche. Hasta la vista.—¿A dónde vais?—Lo que acabáis de leer inflamó mi deseo, y me marchó a Munich a ver esa célebre *Madonna di Tempi*—dijo Frank y sin dar tiempo de dirigirle nuevas preguntas salió de la habitación.

El error más pequeño basta para comprometer los planes más hábilmente dispuestos. Un acto de Beatriz, el hecho de apuntar con lápiz en un momento de distracción, el nombre de un cuadro, que la llamó la atención, bastó para revelar el lugar de su retiro y hacer que Frank emprendiese el viaje, para reunirse con ella. ¡Cuántas veces basta un vientecillo para cambiar los designios del destino!

Carruthers llegó muy entrada la noche a Munich, hospedándose en el hotel de las Cuatro Estaciones, y comprendiendo que no era hora para emprender sus pesquisas, cenó y se metió en la cama. ¡Cosa extraña! A pesar de la agitación que le produjo al pensar que se hallaba en la misma ciudad que Beatriz, se durmió. Las fuerzas del hombre son limitadas, y después de un viaje de Londres a Munich, sería precisa una cosa muy grave para no descansar una noche. Al día siguiente se despertó pronto a empezar sus averiguaciones. Pero, ¿por dónde empezar? No tenía completa seguridad de que el objeto de sus pesquisas se hallase en Munich.

¿Sólo porque hubiese escrito el nombre de un cuadro en un papel había de encontrarse Beatriz forzosamente allí? Y muy bien pudo suceder que pasase por Munich, y a la sazón se hallase a cien leguas de aquellos lugares... Frank empezó a desalentarse al meditar acerca de la fragilidad del indicio en que se apoyara para emprender el viaje. No obstante, juró no marcharse sin adquirir la seguridad de que no se hospedaba a la fugitiva. Salió del hotel, y se halló en el Maximilian Strasse, y vaciló no sabiendo qué camino tomar. Su esperanza consistía en encontrar a Beatriz en las calles o en un sitio público, y su único plan era pasear hasta que la encontrase. Si fracasaba, buscaría a una persona capaz de informarle acerca de todos los extranjeros residentes en Munich. Se internó hacia la derecha, atravesó la Plaza y la animada Ludwig-strasse. Pasó por delante de muchos palacios hasta que llegó a la puer-

ta de la Victoria. Por preocupado que se hallase, no dejó de impresionarle la belleza de los edificios que encontró a su paso; sin embargo, la dejó para tiempos mejores. Una especie de superstición le hizo creer que debía ir a visitar el cuadro que le impulsó a emprender su viaje.

Preguntó por la Pinacoteca; allí buscó y encontró la *Madonna di Tempi*, contemplándola largo rato no por el cuadro en sí, sino con la esperanza de hallar a Beatriz, pero como esta no parecía se despidió de la *Madonna* y recorrió rápidamente las otras salas del museo para no perder toda probabilidad de encontrarla. Salió del museo rogando a Dios que le fuese tan fácil encontrar la obra maestra que buscaba como la del pintor desaparecido. Siguiendo las calles principales, o las que le parecieron tales, volvióse a encontrar delante de su hotel. Se alejó en dirección opuesta y bajó por Maximilian Strasse. Ya no se ocupaba de palacios ni de estatuas, y sí únicamente de Beatriz, y de este modo llegó al puente de piedra bajo el que se desliza rápido el estrecho Isar. Detúvose y contempló el curioso lecho artificial por el que en suave pendiente se desliza la corriente, y luego entró en el jardín de forma triangular que se encuentra entre los dos brazos del río.

En ese jardín y absorta en la lectura de un libro hallábase Beatriz. Enrique correteaba y jugaba a su lado, y Frank no necesitó ver al niño para comprender que no se equivocaba. Cual les sucede a los enamorados, juró que reconocía la silueta de aquella cabeza y esbelto cuerpo. ¡Sí! Era Beatriz; ¡la *Madonna* no le engañó!

Habíala encontrado, y su propia temeridad le asustó y tembló pensando en lo que iba a decirle y en lo que Beatriz podría decirle. Trató de alentarse diciéndose que no la había buscado ni sorprendido el secreto de su retiro más que para consagrarla, o al menos ofrecerle su apoyo. Acercóse al jardín y llegó hasta donde estaba Beatriz, que levantó la cabeza, le reconoció y al hacerlo se le cayó el libro de las manos. Irguióse y lanzó una exclamación que resonó con el eco de celestial música a los oídos de Carruthers, porque era de alegría. Ante la inesperada aparición del que amaba no se le ocurrió ningún pensamiento, y por un instante dominó la alegría profunda que el corazón no podía contener y extendió las manos.—¡Frank! ¡Frank!—exclamó.—¡Vos aquí!

Carruthers estrechó entre sus manos las de Beatriz, y sin cuidarse de los espectadores, la miró fijamente a los ojos, y durante largo rato no pudo articular una sola palabra. La vista de Beatriz y el contacto de su mano hicieron que la sangre circulase por sus venas con mayor rapidez. Hacía mucho que imaginaba este encuentro, y sin embargo, distó mucho de lo que fué en la realidad. ¡Beatriz estaba más seductora que antes! Los rasgos tan puros y regulares parecían serlo aún más; el pálido rostro aun más bello, y más profunda la expresión de sus ojos grises. Y mientras tanto lanzara la alegre exclamación, Carruthers vió aparecer en sus ojos algo que hasta entonces no había visto al menos con tanta franqueza y claridad.

La sorpresa la impidió disimular, y en dos segundos Frank pudo leer en sus ojos el secreto de su corazón. Conservó entre las suyas las manos de Beatriz y la contempló silenciosamente. ¿Qué tenía que decirle? ¿Qué podía decirle? La persuasión de que le amaba no hacía que su tarea fuese más fácil, consistiendo ésta en decirle que sabía cuál era su secreto, o al menos una parte de él, pidiéndola tuviese confianza y le permitiese serla útil. Callóse, por tanto, hasta el instante en que retiró con dulzura sus manos Beatriz y una sombra cubrió su rostro, pues desde hacía un momento había vuelto al mundo y a sus realidades tristes y amargas. Inclino la cabeza y su mirada sombría se fijó en el suelo.—¿Cómo me encontrasteis?—preguntó con acento alterado por la emoción.

—Por una extraña casualidad. Cualquiera otro día os lo contaré.—Decídmelo ahora.—Frank meneó la cabeza.—No, ahora no; bastante es que os haya encontrado.—Pero—replicó Beatriz, dando muestras de gran agitación,—otros lo sabrán y podrán encontrarme. Si vos lo averiguasteis lo mismo podrán averiguarlo ellos.

Carruthers comprendió sus temores y se apresuró a tranquilizarla.—Nadie más que yo pudo encontraros de ese modo. El retiro que elegisteis es seguro.—Beatriz respiró con más desahogo.—Durante un momento reinó un silencio molesto para ambos, siendo Frank el primero que lo interrumpió.—Beatriz—dijo,—hice un largo viaje para encontraros. Tengo que deciros muchas cosas, y creo que a vos os pasará lo mismo; ¿en dónde podemos hablar?

—En mi casa—dijo Beatriz y llamó al niño, y Frank se consideró dichoso al encontrar un pretexto que le evitaba las molestias del primer momento del encuentro y empezó a hacer fiestas a Enrique. De tal modo se captó sus simpatías, que éste se empeñó en volver a su casa yendo todo el camino cogido de la mano de su nuevo amigo.— ¡Qué lástima haberle cortado el pelo!—dijo Frank a Beatriz que respondió:—Ha sido una crueldad necesaria.

XXX

La verdad

Frank acompañó hasta la casa en que ésta habitaba a Beatriz, que tenía inclinada la cabeza y hallábase meditando no sabiendo si llorar o alegrarse por la llegada de Frank. Comprendió, sin embargo, que ésta ponía un término a su existencia; que era la confesión, la revelación completa y el regreso inmediato a Inglaterra, al lado de las personas que quisiesen aún conservar el título de amigos. Era el dolor, la vergüenza, pero con seguridad el fin de toda persecución. Por un momento la pesó el viaje de Sarah y que viese a Hervey, pero bien mirado todo esto importaba muy poco. Adquirió pronto la convicción de que enterado Carruthers de todos sus negocios pasarían a manos más competentes que las de dos mujeres.

Y no obstante, existía una razón poderosa para que Frank no fuese el confidente que eligiera libremente, porque la daba vergüenza confesar al que amaba que hacía muchos años vivía rodeada del disimulo y la mentira. A la sazón, que tenía que confesarlo, la pareció que esto no estaba bien hecho. En resumen, que Beatriz experimentaba, si se permite esta expresión, una impresión análoga a la que sentía Carruthers respecto a ella, la de un ídolo que comprende que muy pronto le van a derrocar.

Carruthers, al que sus propias reflexiones absorbían, evitó, creyéndola muy fuera de su lugar, toda conversación frívola, respetando así el silencio de Beatriz, de modo que

excepción hecha de la charla infantil de Enrique, no se cambió ni una sola palabra hasta que se sentaron el uno frente al otro. A Beatriz le pareció tan extraña la situación que se preguntó más de una vez si soñaba, y evitó sus miradas temiendo encontrar en ellas un reproche.—¿Cómo va por allá abajo?—preguntó Beatriz al cabo de un buen rato.—¿Cómo se encuentran mis tíos? ¿Ocurre alguna novedad en esa casa tan querida?—Las lágrimas humedecieron sus ojos al decir esto, y Carruthers se apercibió de su emoción.—Todos están buenos—respondió,—y de Herberto tuve noticias hace algunos días.

—¿Me perdonarán alguna vez lo que hice?—preguntó la joven.—¿Querrán siquiera volverme a hablar?—Así lo creo—replicó Frank con gravedad.—No podéis imaginar cuánto les trastornó la noticia del viaje, porque os aprecian mucho.—Beatriz le dirigió una mirada ansiosa. Hasta con el que amaba tanto tenía esperanza del perdón, y en aquel instante su deseo era que no se hubiese presentado en Munich.—¿Sabéis por qué razón salí de Inglaterra?—preguntó.

—No, pero arriesgaron muchas suposiciones, sin que ninguna se acerque remotamente a la verdad.—Beatriz se estremeció al oír esta contestación. ¡La verdad! ¿La conocía Frank? ¿Cómo lo averiguó?

—¿Conocéis esa razón?—interrogó con voz temblona y el rostro de Carruthers adquirió una expresión dolorosa.—Sí—contestó con acento conmovido y con dulzura,—la casualidad dióme a conocer vuestra historia, pero fué sólo a mí, a mí solo—repitió.

—¿Sabéis todo... todo lo que hice... lo que sufrí?—Frank se levantó; su voz y sus modales revelaban extraña agitación.—¡Todo!—exclamó.—¿Qué palabras puedo emplear, Beatriz, para manifestaros lo que sé? ¿No hace un momento que oí a ese niño llamaros mamá?—Sí, es mi hijo—respondió con calma Beatriz.—Todo—continuó Carruthers, animándose cada vez más.—¿Tengo necesidad de saberlo todo? ¿Es preciso que la que me ama sufra la tortura de contármelo y yo el de oírsele relatar?

—Dejadme, Frank, que os cuente mi historia—respondió Beatriz con acento suplicante.—¡No!—Y el tono que empleó Frank fué el enérgico que había tomado ya por dos veces.—No, y escuchadme, Beatriz, creyendo cuanto os diga

Deseé con ansia encontraros y suspiré porque llegase este instante en que nos hallamos juntos. Creed que si sorprendí vuestros deseos no fué por egoísmo, y cuando la casualidad me indicó dónde estabais, no vine más que con una intención. Esta misma mañana al veros, sólo me animó un pensamiento: deciros que sabía erais desgraciada y que teníais necesidad de protección. Todo cuanto pueda hacer para protegeros lo haré, y no hay que decirlo, sin esperanza de recompensa.

Beatriz quiso interrumpirle, pero Frank se lo impidió.—Escuchadme—añadió,—que aun tengo mucho que deciros. He vuelto a veros—y la voz de Frank adquirió un timbre de acendrada ternura,—tuve mis manos entre las vuestras, mis miradas se cruzaron con las de esos ojos y contemplé ese rostro querido de mis ensueños. Beatriz, todo cambió en mí—dijo Frank arrodillándose a su lado y cogiéndole las manos,—y si alguna vez deseé saberlo, ahora quiero ignorarlo todo; ¡qué importa el pasado! ¡Ocultadle! ¡Despreciadle! Nuestra vida empieza hoy; inclinaos hacia mí y decidme que seréis mi esposa.

Beatriz retiró las manos y tapándose la cara se echó a llorar.—¡Me amáis!—siguió diciendo Carruthers con pasión.—¿Es por mí por quien rehusáis? Miradme y veréis en mis ojos lo que desea mi corazón, y comprenderéis que con una sola palabra podéis hacer desgraciada o feliz mi vida. ¡Beatriz! ¡Amor de mi vida! ¡Mi único y verdadero amor! ¡Respondedme!—Y Frank intentó otra vez apoderarse de sus manos, que Beatriz se retorció, exhalando exclamaciones de angustia. Por un momento sus ojos empañados en lágrimas se fijaron en el rostro que elevaba suplicante hacia ella.—¡Frank—exclamó,—me estáis matando! Libradme de este suplicio dejándome hablar.—¡Estáis engañado, Frank!—dijo Beatriz dominándose un tanto.—No sabéis más que parte de la verdad. Me amáis y suponéis que si lo que imagináis fuese verdad consentiría en ser vuestra esposa. No tengo que echaros nada en cara ni tengo ese derecho, porque mis actos os hicieron creer lo que no existe, y sin embargo, creyéndolo me causasteis un dolor tan profundo, tan agudo, que es imposible os lo podáis imaginar. Es el más acerbo que experimenté en mi vida.—Carruthers inclinó la cabeza y pidió que le perdonase.—No tengo que perdonaros nada—dijo Beatriz.

—¿Por qué pensabais que huí y cuál era el peligro de que tenía que guardarme? Huí, Frank, del hombre que es mi marido, del hombre que hace más de cinco años abusó de la inexperiencia de una niña, se casó con ella y causó la desgracia de su vida.

Carruthers se puso en pie. Estaba lívido, su rostro semejábale al de un cadáver. En este instante, no una sola, sino toda una legión de Sarahs habrían podido infundir esperanza a su desesperado corazón. ¡Su marido! Por un momento se figuró que todo daba vueltas en torno suyo. Cuando se tranquilizó un poco vió que abundantes lágrimas se deslizaban por las pálidas mejillas de Beatriz. Este espectáculo fué para él un amargo reproche. ¿Era así como cumplía su juramento? En vez de consolarla, de ayudarla, no hizo más que agravar su dolor abriendo mal cerrada herida. Y al mismo tiempo apoderóse de él un secreto sentimiento de vergüenza al pensar que experimentó una pena desconocida, nueva, al saber la verdadera naturaleza del secreto de Beatriz. La primera impresión fué la de la desesperación, y se reprochó haber experimentado un egoísmo y una bajeza de sentimientos que el mismo amor no podría excusar. Enrojeció e hizo un violento esfuerzo para dominarse y recobrar su calma. Su rostro, en efecto, adquirió otra expresión distinta y cuando se acercó a Beatriz parecía más tranquilo.—Contádmelo todo—dijo con voz mesurada.—No temáis nada.—Beatriz le dirigió una inquieta mirada.—Puedo—repitió Frank,—soportarlo y debo ayudaros.—Y Beatriz se lo contó sin exagerar las faltas de su marido para con la sociedad y para con ella misma. Y díjole la verdad sin pedir compasión por lo que sufriera. Con todo, tanto en su voz como en sus modales, traslucía-se una emoción y un amargo desaliento que revelaban más que cuanto ella pudiera decir, valiéndose de las frases más elocuentes. El corazón de Frank se oprimió dolorosamente al escuchar el relato de tantos sufrimientos, y se enardeció al recordar al miserable que fuera causa de ella.

Hasta el fin del relato escuchó Frank en silencio. Mientras duró, ni una sola vez llamó Beatriz a su esposo por su nombre, que no obstante adivinó Carruthers desde el primer momento. Al terminar volvióse hacia ella con el rostro contraído.—¿El apellido de ese hombre no es el de Hervey?—preguntó.—Sí, ¿le conocéis?—Le he visto dos

veces.—Y mientras hablaba sintió Frank que su mano se crispaba involuntariamente, y no fué sin cierta satisfacción salvaje cómo recordó las circunstancias en que viera al miserable. Sintió no haberle golpeado con más violencia. Su entrecejo se contrajo y su boca adquirió un pliegue amenazador. Beatriz observó el cambio.—¿Me acusáis demasiado para poderme perdonar?—preguntó con ansia.

Frank la dirigió una mirada tan tierna y expresiva como la de una mujer.—¡Acusaros! ¿Y quién soy yo para hacerlo? ¿Qué tengo que perdonaros? Por el contrario, poseéis toda mi estimación y simpatía, y os ofrezco ahora y siempre la única protección que me está permitido ofrecer, la de un hermano para con su hermana; ¿no la rechazaréis, Beatriz?—Esta le ofreció la mano.—No, no me niego—dijo,—es más de lo que merezco ¡ah! ¿por qué ha sido preciso que viniérais a compartir mis miserias?—Frank estrechó su mano y buscó sus miradas.—Beatriz—la dijo,—antes de conoceros no vivía y tenéis derecho a cuanto os pueda dar. No obstante tengo que pedir os aún algo y averiguar una cosa. Ya que tanto me revelasteis, ¿queréis decírmelo?

—Lo he dicho todo.—No, Beatriz, pues de ser así la vida me negaría todos los goces. No me rechacéis el único consuelo que espero: que os oiga decir que si las cosas no se presentasen así hubierais podido amarme y consentido en ser mi mujer.—Beatriz le miró de una manera leal cara a cara.—Sí, Frank—respondió con dulzura,—digo eso y mucho más aun. ¡Os amo! Reprochádmelo, regañadme, porque lo confieso, sabía que eso significaba para vos la pena y el dolor, y pasé poco ha un instante el más agradable de mi vida cuando me convencí por primera vez de que me amabais.

Después de hecha esta confesión quedaron ambos en silencio. Carruthers se inclinó hacia Beatriz.—Beatriz, amor de mi vida—dijo con voz ahogada,—besadme una vez, no os pido más que una sola vez.—Beatriz se ruborizó de una manera extraordinaria, pero no resistió; Carruthers la atrajo hacia sí, y por la primera, por la última vez quizás, unieronse sus labios. El recibió de Beatriz este beso único; luego dejó caer los brazos y ambos se separaron. No dudo que al llegar a este punto Frank va a caer muy bajo en la pública estimación, al obrar como no se ha supuesto lo haya hecho nunca un héroe ni aun imaginario. Desperdi-

ció una ocasión, a cuantos estudiaron la naturaleza del verdadero amor, tal como nos lo pintan nuestros hábiles escritores modernos y los minuciosos analistas del corazón humano, les parecerá que debió coger a Beatriz entre sus brazos y jurar que el amor había dominado a todo otro sentimiento, y a ese único y modesto beso haber seguido millares de otros y debía haber dicho: «¿Qué significa el matrimonio cuando dos almas están perfectamente unidas como las nuestras?» Y no sólo esto, sino a continuación no debió haber olvidado el añadir: «Existen otros países en los cuales nadie nos conoce y la vida puede ser para nosotros un sueño de felicidad y amor. Marchémonos, pues».

Dominada Beatriz por la pasión, los escrúpulos que hubieran podido atormentarla o presentado para salvar las apariencias habrían desaparecido, y casados o no, Frank la llevara en su compañía haciéndola suya para siempre. ¡Oh! Frank ha perdido una ocasión magnífica, tanto, que creemos que su conducta debe excusarse a los ojos de esos señores. Si no cometió esos actos apasionados e insensatos, es sencillamente porque era un caballero inglés, cuidadoso de ver antes que nada en la mujer a la que ama a la esposa y la madre de sus hijos legítimos. Es cierto que su amor le había arrastrado demasiado lejos para hacerle olvidar y borrar un pasado imaginario, pero su amor era demasiado grande para no tratar de elevar a la mujer que adoraba al mismo tiempo—preciso es confesarlo,—que era demasiado honrado para pensar en evilecerla.

XXXI

Una mujer encargada de una misión

Suele suceder en la generalidad de los casos que la inspiración alienta muy por cima de los vulgarísimos detalles de la realidad, y de todas las inspiraciones, aquella cuyas alas están sostenidas por la religión, campea mucho más alta aun sobre todas las trabas, las costumbres o las precauciones. Un hombre o una mujer encargados de una misión en interés de la humanidad están convencidos de que si sus ojos se fijan con singular constancia en el glorioso fin de su vida, las malezas que durante los siglos interceptaron el camino que a él conduce, desaparecieron de una manera misteriosa. Sin una creencia de esta naturaleza sería muy poca cosa la inspiración y descendería al triste nivel de la sagacidad.

Sarah era una mujer que tenía que desempeñar una misión, pero de una naturaleza personal, no general. Estaba,—al menos así lo creía con toda su alma,—encargada de asegurar la felicidad terrestre de su señora, y su fe en la inspiración que debía ayudarla era tan grande, que ni por un momento dudó del éxito. Su vida entera uníase por completo a la de Beatriz, y su espíritu tenía mucho de esas ruinas sombrías y desoladas en medio de las cuales elevase una columna de puro mármol blanco, y esta columna era su cariño hacia su señora. Las palabras llenas de mística exaltación que empleó para decir a Frank lo que sería capaz de hacer en nombre de aquel cariño, no